

El Comunista

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

MARZO 1981 nº 43

precio: 20Ptas - 3 FF.- 2 FS

¡Contra la violencia estatal y la democracia! ¡Por la liberación de los prisioneros políticos!

Las cárceles del democrático Estado español están abarrotadas de prisioneros políticos, así como lo estaban en la época del franquismo. En sus cárceles se tortura y se mata con la tortura así como se torturaba y se mataba con ella bajo el franquismo. Las manos de la clase capitalista siguen empapadas en la sangre de esos *rehenes* de la guerra social que son los prisioneros políticos, así como lo han estado en el curso de más de un siglo de dominación burguesa.

¡Qué no se diga que son "se

cuelas" de una democratización "incompleta"! Y esto no sólo y no tanto por el hecho de que el programa de la democracia española era, tal como lo decía claramente *Cambio 16* (29/3/76) en dirección a quienes llegaron a violar la paz social: "*palo y tiente, que para eso está la estricta ley de la democracia*", sino y sobre todo por el hecho de que la democracia no es más que una de las formas posibles de la *dictadura de la burguesía* sobre la clase obrera, lo que significa *violencia*, legal y paralegal, *(sigue en p. 2)*

La guerra civil en El Salvador

El Salvador es el teatro de una verdadera guerra civil con más de 10.000 muertos en 1980. El Ejército y la Guardia Nacional, apoyados por los EE.UU. y países como Venezuela, al servicio de los terratenientes y de la burguesía comercial, financiera e industrial, y con la ayuda de las bandas paralegales, se enfrentan a la lucha de obreros, campesinos y sectores de la pequeña burguesía radical. La represión es feroz y se ataca a cuanto opositor ose levantar la voz.

La confluencia del movimiento obrero y el de las masas campesinas con el de las organizaciones armadas resulta de una necesidad evidente de la guerra social. La agudización de la lucha de clases supone sus encuadramientos militares. La guerra civil exige el aniquilamiento del adversario. La clase dominante *(sigue en p. 4)*

¡Sólo la movilización revolucionaria y el armamento del proletariado podrán aplastar la ofensiva militar de la burguesía!

Las ramificaciones por todo el Estado de la tentativa de golpe de Estado militar, cuya parte visible han sido las acciones del teniente coronel Tejero y del general Milans del Bosch, no necesitan ser demostradas: son un dato que la prensa burguesa ha puesto de relieve. No solamente en Cartagena y en Murcia, sino también en Zaragoza, Valladolid, La Coruña y Madrid, y en el Estado Mayor del Ejército, el intento contó con la participación activa de vastos sectores de la oficialidad. Y es inútil esperar del Estado mismo el esclarecimiento público de todos los aspectos de este cuartelazo, reclamado a gritos desde inicios de febrero por buena parte de la jerarquía militar. Su fracaso deja, sin embargo, grandes confirmaciones que el proletariado no debe dejar caer en saco roto.

Es indudable que para los sectores burgueses más esclarecidos, el golpe militar es hoy prematuro, ya que la democracia ha logrado, en sus grandes líneas, mantener los choques sociales dentro de límites aceptables para la clase dominante. El "desencanto" hacia la democracia por parte de las masas trabajadoras no se ha traducido aún en una voluntad activa y organizada de lucha, y la política de los gobiernos civiles, aunque con retraso, refleja bien las exigencias de una "política de austeridad" bien aceptada por los representantes oficiales del movimiento obrero. Por esta razón, bien podía escribir *El País* (24/2/81): "*No hay justificación alguna para el golpe, según medios financieros*". De allí la reacción de la monarquía, que rehusó ponerse a la cabeza del golpe militar, por conside-

rarlo superfluo hay en día. De allí la reacción de un sector de las FF.AA., expresada en la declaración del general Galmes, jefe de la IV Región Militar (Barcelona), según el cual "*los actos de estos últimos días no han de volver más que cuando la Patria lo demande, y es natural que la Patria no nos lo demandará más que para situaciones verdaderamente excepcionales*" (ibid., 26/2/81).

Pero el hecho de que haya sido la monarquía sola la que ha tenido la iniciativa de salvar la continuidad democrática del régimen demuestra bien que la democracia misma no ha sido ni es sino la hoja de parra de una dictadura burguesa cuyos resortes decisivos son, en última instancia, los mismos "poderes fácticos" *(sigue en p. 3)*

¡Contra la violencia estatal y la democracia! ¡Por la liberación de los prisioneros políticos!

(viene de p. 1)

potencial y cinética, cárceles y esbirros, rehenes y torturadores, o sea, todos los instrumentos de la opresión y represión política sobre las masas oprimidas y explotadas.

¿No han sido acaso las distinguidas democracias occidentales las que han desarrollado el canibalismo colonial más desbocado y el canibalismo de la contrarrevolución más encarnizado contra el proletariado en junio de 1848, en mayo de 1871, en los candentes años de la primera posguerra? ¿No ha sido acaso la democracia "de izquierdas" de 1936-37 de la II República española la que desarmó y reprimió al proletariado revolucionario español, asesinando en sus cárceles a militantes obreros? ¿No ha sido acaso la democrátisima Inglaterra la que ha empujado hasta lo indecible la opresión y represión de las no domesticadas masas irlandesas, habiendo creado allí los famosos "escuadrones de la muerte" hoy tan boga en las dictaduras militares latinoamericanas? ¿No ha sido acaso la perfecta democracia USA la que ya en 1920 sólo podía ser equiparada por su violencia antiproletaria al sangriento régimen militar del Almirante Horthy, según las palabras mismas de la Internacional Comunista? ¿Y hoy día, no es la democrática Italia la que mantiene en sus cárceles centenares de prisioneros políticos, mientras que la socialdemocrática Alemania mantiene los suyos bajo la "tortura blanca", ejecutando a Andreas Baader y sus camaradas? La democracia española no corresponderá a los cánones hipócritas y falaces del liberalismo, pero sí responde férreamente al papel específico de clase que es el suyo: asegurar por todos los medios a su alcance el aplastamiento y extinción de la rebelión social.

Y entre esos medios al alcance de la clase capitalista está la acción privilegiada de esos partidos "de izquierda" (y hasta "extraparlamentarios") que se han movilizad durante estos años en defensa "de la paz y el Orden"; y, cuando éstos no lo graban, como ha sido el caso en el País Vasco, el recurso del empleo feroz de una violencia estatal jamás desaparecida. Por eso, el llamamiento a la manifestación de protesta por parte de los partidos de la democracia en reacción al asesinato bajo la tortura de José Arregui, inmediatamente después de su llamamiento a la *lucha abierta* contra el terrorismo de ETA con la manifestación de finales de enero, no resulta de una lucha contra el Estado dictatorial burgués. Pues, ¿no han sido acaso esos mismos

partidos los que no han dejado de reclamar para el Estado el ejercicio exclusivo de la violencia?, ¿y no han sido esos partidos los que han reclamado y votado esa Ley Antiterrorista por la cual José Arregui ha podido permanecer legalmente nueve días entre las manos de sus torturadores? *La movilización de la izquierda democrática (e incluso del PNV) tras este asesinato resulta, pues, de su intento de canalizar en el lecho mortal de esa misma democracia una posible reacción de masa descontrolada.*

* *

*

La revuelta de sectores enteros del proletariado contra el "concierto" de la democratización, contra el "pacto social" y la política del "consenso", razón de ser de la democracia misma, ha pasado por sobresaltos de luchas sindicales espontáneas que han sido saboteadas por doquier por el sindicalismo de colaboración de clases. También ha asumido la forma de movilizaciones de amplias masas obreras del País Vasco contra la militarización y el terrorismo estatal crecientes, y que no han encontrado sino en la dirección política del nacionalismo "radical" y en el terrorismo de ETA una apariencia de lucha contra el Orden establecido (ya que, en realidad, éstos sólo buscan su reforma política), apariencia tanto más "creíble" cuanto mayor ha sido el arrastre que han logrado en el seno del proletariado: de allí que el conflicto "nacionalista" en Euskadi no sea sino el reflejo invertido de una lucha de las masas proletarias, al cual el nacionalismo le aporta, conjuntamente con su ideología burguesa desteñida de seudoesocialismo, la ilusión de una oposición "intransigente" a la dictadura capitalista. Y, finalmente, en las márgenes fluidas de las masas obreras y de la pequeña burguesía proletarizada, se han dado, como en todo el resto de Europa, pero sobre todo en Italia, espasmos de revuelta que han adoptado los rasgos del terrorismo "autónomo", entroncado con tendencias libertarias.

Aunque las formas que hayan tomado estas revueltas han variado, los enfrentamientos que han jalonado toda la democratización española constituyen los signos anunciadores de una *agudización* de esta guerra social jamás interrumpida que es la guerra de clases. La bandera de la liberación de todos los prisioneros políticos es, por todas estas razones, una bandera que el proletariado debe enarbolar bien alto para arrancar de las garras de su ene-

migo a todos los que han osado rebelarse contra la opresión burguesa, incluso si lo han hecho con ideologías ineptas y con medios impotentes para lograr por sí mismos su emancipación social.

La violencia estatal, así como la movilización cerrada de sus pilares "obrerros", stalinistas y socialdemócratas, e incluso de los nacionalistas, tanto en contra de las masas trabajadoras en lucha como contra las minorías terroristas, son la expresión de la alineación contrarrevolucionaria que ha de combatir a un proletariado que estará constreñido cada vez más a la *lucha abierta* contra el Capital. La movilización actual "contra la violencia" es, en realidad, un frente de la movilización *contra el espectro de la guerra de clase del proletariado.*

Rehusando vigorosamente los llamamientos a la "concordia ciudadana", la clase obrera debe forjar simétricamente su propia *alineación* para su movilización contra una ofensiva burguesa que no podrá dejar de amplificarse, y para crear en esta movilización los presupuestos de las batallas revolucionarias de mañana.

Y esta *alineación de clase* por la defensa intransigente de sus condiciones de vida y de trabajo, contra la violencia estatal en todas sus formas y contra la democracia burguesa en todas sus expresiones políticas, será lo que podrá no sólo forjar los batallones revolucionarios del proletariado, sino también arrancar a las masas obreras del callejón sin salida del nacionalismo e integrar en la *autodefensa obrera* aquellas energías que hoy se consumen estérilmente en el "romanticismo terrorista".

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución staliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoral.

¡ Sólo la movilización revolucionaria y el armamento del proletariado podrán aplastar la ofensiva militar de la burguesía!

(viene de p. 1)

cos" de siempre (1). De allí la declaración del rey tras el fallido intento: "Sería muy poco aconsejable una abierta y dura reacción de las fuerzas políticas contra los que cometieron los actos de subversión en las últimas horas, pero aún resultaría más contraproducente extender dicha reacción, con carácter de generalidad, a las Fuerzas Armadas y a las de seguridad (...) Reitero mi petición de colaboración legal y desinteresada para que podamos consolidar nuestra democracia dentro del orden, la unidad y la paz". Es por esta misma razón que la democracia no ha sido ni será jamás un baluarte contra un golpe militar, sino en la medida en que su acción antiproletaria de sometimiento "voluntario" de las masas obreras al *diktat* de la clase capitalista vuelvan superfluas una imposición del despotismo burgués por la fuerza de las armas. Para decir en dos palabras lo que nunca hemos dejado de repetir y que la historia confirma día a día: la supervivencia de la democracia depende fundamentalmente de la voluntad de la clase dominante.

Pero el fracaso de este cuartelazo representa, sin embargo, y al mismo tiempo, un verdadero ensayo general para todos los sectores, políticos y militares, de la clase capitalista. El golpe de julio de 1936 suscitó una revuelta generalizada del proletariado que logró aplastarlo en los centros decisivos del país. Hoy la burguesía puede dormir mucho más tranquila: el pronunciamiento militar no provocó una reacción de masas de carácter

insurreccional. Y no porque la socialdemocracia y el stalinismo no hayan lanzado un llamamiento a la huelga general e insurreccional, pues tampoco llamaron a ello en 1936, sino porque hoy ya no existe, como existía entonces, una tradición de lucha que, con toda sus lagunas, se situaba decididamente en el terreno de la violencia revolucionaria y de la acción directa.

En la noche del 23 al 24 de febrero, CC.OO. y UGT "hicieron un llamamiento a la serenidad tanto a los trabajadores como a todos los ciudadanos y reafirmaron su total apoyo al Rey, al parlamento, al Gobierno y a todas las instituciones democráticas" (ibid., 24/2/81), dejando así al proletariado a merced de la voluntad de sus enemigos de clase. Lo único que hicieron estos lacayos y los partidos "obscuros" oficiales fue lanzar un llamamiento el 25 de febrero, dos días después del golpe fracasado, a una manifestación para el 27 en defensa del Orden, conjuntamente con el partido gubernamental y Alianza Popular. En el País Vasco la reacción no fue mejor, y la "izquierda abertzale" y la "extrema izquierda" llamaron para ese mismo día 27 a manifestarse "por la depuración de los implicados". Sería inútil esperar otra cosa de estos últimos, pues toda su política ha apuntado siempre a la reforma del régimen constitucional, y no a la destrucción del Estado capitalista.

* *

Cambio de gobierno

Más allá de los aspectos coyunturales del presente cambio de gobierno, el actual "giro a la derecha" responde a exigencias bien definidas de la burguesía. El discurso programático de Calvo Sotelo es bien explícito: la democracia está ya instalada, política y sindicalmente; ahora, hay que "crear las condiciones que hagan posible un crecimiento sostenido de la inversión privada", es decir, promover una mayor rentabilidad del Capital; "la seguridad social debe aminorar sus gastos"; "la situación exige una moderación de los salarios"; reducción de gastos estatales, etc.

Hay una línea continua entre este enunciado de principios y la política económica "de shock" de Reagan, o la de Margaret Thatcher en Inglaterra, para

no citar más que estos dos últimos. Para la burguesía no han sido suficientes los resultados del ataque contra las condiciones de vida y de trabajo de las masas obreras, que les es impuesto por la crisis económica mundial. La rentabilización del capital debe ir aún mucho más allá. En España, los resultados del Pacto de la Moncloa y de la "política de consenso", nada desdenables por cierto, no le bastan. La gran combatividad del proletariado español en los años 75-77, y los sobresaltos importantes de los años 78-80, obligaron a la burguesía a limitar los objetivos de su ofensiva antiproletaria. Hoy día, la situación social y política permite que la clase capitalista prevea la posibilidad de una ampliación significativa de su ofensiva: la deso

(sigue en p. 12)

El desarrollo atormentado de la crisis mundial del capitalismo, la acentuación de los antagonismos de clase, la distancia creciente entre la democracia y las masas explotadas, y la futura eclosión generalizada de los choques sociales, pondrán cada vez más a la orden del día la ofensiva burguesa en todas sus formas, y la militarización creciente del país, ya importante en Euskadi. Y esta ofensiva militar contra la clase obrera, expresión suprema de la guerra civil entre las clases, puede estar avanzada aquí por las tradiciones políticas nacionales, las que dan a la oficialidad un peso decisivo en la vida del Estado.

Con miras a hacer frente a esta inexorable ofensiva burguesa, no existe para la clase obrera otra vía que no sea la de quemar las etapas de su preparación revolucionaria, consciente de que la alternativa derrotista y criminal que le plantea la democracia es la de aferrarse al yun que para evitar el golpe del martillo. Sólo a través de la forja de una fuerza de clase, anticapitalista y antidemocrática, aguerida en las movilizaciones proletarias y en la acción directa contra todos y cada uno de los ataques del capitalismo, tanto en el terreno económico como en el político y el social, y un trabajo consecuentemente antimilitarista en el seno del Ejército, amén de la autodefensa armada de la clase, pueden constituir un trampolín para enfrentar en todos los planos de la guerra civil entre las clases a la burguesía dominante. Sólo el armamento revolucionario del proletariado puede llegar a destrozarse en el terreno insurreccional la ofensiva militar, armamento cuya condición *sine qua non* es la acción del partido revolucionario de clase, cuya influencia decisiva haya permitido la ruptura más tajante e irreconciliable del proletariado con todas las fuerzas de la democracia.

27 de febrero de 1981

(1) Cómo sorprenderse, entonces, de que "el mando militar ha decidido de momento poner fin a las detenciones, arrestos y destituciones de jefes y oficiales implicados en la rebelión militar (...) En medios castrenses, se afirmaba ayer que son bastantes los jefes y oficiales aún no sancionados que, de una forma directa o indirecta, han estado comprometidos en el intento golpista" (ibid., 26/2/81).

La guerra civil

(viene de p. 1)

salvadoreña, apoyada por el imperialismo, lo ha comprendido muy bien. Por esta razón, a la vez que el presidente Romero -apurado por los EE.UU.- pidió en mayo de 1979 la apertura de un "diálogo nacional" a la oposición democrática para llevar adelante el cumplimiento de reformas burguesas, la extensión de la base social del poder a sectores burgueses más amplios y su integración en el Estado, la represión no paró en ningún momento.

La oposición democrática exigió entonces la partida del general Romero para dar su apoyo a un plan de reformas llevado adelante por el Ejército. El "Foro Popular", que con la Democracia Cristiana y el MNR (Movimiento Nacional Revolucionario que adhiera a la Internacional Socialista), reagrupaba a la UDN (Unión Democrática Nacionalista, estructura legal del Partido Comunista Salvadoreño), las LP-28 (Ligas Populares del 28 de Febrero) y también al FAPU (Frente de Acción Popular Unificado) por intermedio de la dirección de la federación sindical FENESTRAS, pidió la democratización negociada del país. Los militares aceptaron y el 15 de octubre de 1979 se da un golpe militar y se forma la Junta Revolucionaria Gubernativa (JGR) con el apoyo de la Iglesia y compuesta por dos militares (Gutiérrez, de la "línea dura", y Majano, de la oficialidad reformista), por un ministro del MNR (Guillermo Ungo), por otros de la DC y por un representante de la UDN, es decir, del PC salvadoreño, que ocupa el Ministerio del Trabajo.

Este acuerdo era la continuación natural de toda la política de la oposición democrática que desde siempre había buscado un acuerdo con el Ejército. Pero el proyecto reformista del Ejército y del Foro Popular fracasó porque el choque de clases no se extinguió como consecuencia de la formación de la JGR. Las masas no se desarmaron ni se desmovilizaron, y el Ejército no dejó de reprimir un solo instante (más de cien muertos durante la primera semana de gobierno de la Junta). Los "partidos democráticos" hicieron lo que pudieron para apoyar el intento reformista, y los stalinistas de la UDN afirmaron por radio que no fue el Ejército el que ametralló una manifestación del 21 de octubre, sino "fuerzas ocultas contrarias a la Junta"... Esta situación llevó a las LP-28, que en un primer momento tuvieron una actitud ambigua, pero que se inscribía en su orientación pasada, a retirarse del Foro. Las otras "organizaciones revolucionarias" se opusieron desde el primer momento a la JGR.

Tras el naufragio del intento reformista de octubre, los representantes del MNR, el ministro del trabajo (UDN) y un ala democrata cristiana dimitieron del gobierno en los primeros días de enero de 1980. Esta renuncia no implicaba un cambio de objetivos, sino de táctica por parte del reformismo. El continuaba persiguiendo el sueño de una alianza entre el "sector progresista del Ejército" y las "fuerzas revolucionarias".

En cuanto a las "organizaciones revolucionarias", en vez de denunciar el infame papel cumplido por ellos, para así quitarles todo apoyo social, se lanzaron con los brazos abiertos a recogerlos a fin de sellar la "unidad de las fuerzas revolucionarias y democráticas". Un Manifiesto del PCS, de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí y las Fuerzas Armadas de Resistencia Nacional declaraba: "La unión de las fuerzas revolucionarias y democráticas es una necesidad urgente, es una premisa imprescindible para la liberación del pueblo (...) Los militares honrados (!) no quieren un enfrentamiento entre las FF.AA. y el pueblo en armas. Nosotros compartimos ese sentimiento y confiamos en que, por su honestidad y patriotismo, por ser parte del pueblo, estos militares ocuparán el lugar que les corresponde junto a nosotros".

Todo estaba ya en su lugar para el nacimiento del Frente Democrático Revolucionario, el que hace suya una "Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario". En el plano internacional, lejos de toda visión revolucionaria antiimperialista, preconiza "la solidaridad, la convivencia pacífica, la igualdad de derechos y el respeto mutuo entre los Estados". En el plano político, preconiza un gobierno integrado "con representantes del movimiento revolucionario y popular de los partidos, organizaciones, sectores y personalidades democráticas (que) comprenderá asimismo a los profesionales honestos (evidentemente la "honestidad" es una idea fija entre estos "revolucionarios", ndr), al clero progresista, a partidos democráticos como el MNR, los sectores avanzados de la Democracia Cristiana; a los oficiales dignos y honestos del Ejército, que estén dispuestos a servir los intereses del Pueblo". En el plano militar, se tratará de "fortalecer y desarrollar el Ejército popular, al cual se incorporarán los elementos de tropa, suboficiales, oficiales (!) y jefes (!!) del actual Ejército que mantengan una conducta limpia" (esta "conducta limpia" de la jerarquía militar y de los jefes del Ejército, forjado durante décadas para masacrar obreros

y campesinos, y adiestrados desde siempre por el imperialismo, la conocen bien las masas explotadas salvadoreñas!).

El broche de oro de esta parábola descendente del radicalismo burgués de corte popular y castrista ha sido el nombramiento de Guillermo Ungo, ex-ministro de la primera Junta Militar y secretario de la conferencia permanente de los partidos socialdemócratas del continente americano, como presidente del FDR el 2 de enero de 1981.

Una nueva prueba de la subordinación de la lucha de las masas obreras y campesinas explotadas a estas exigencias de la burguesía reformista está dada por la "huelga insurreccional" de tres días lanzada el 12 de agosto de 1980 por parte del FDR, "que con esta acción trata precisamente de demostrar a la opinión exterior (léase: EE.UU. y los otros países americanos, ndr) el apoyo popular que asegura tener y que le señala como una fuerza a tener en cuenta en cualquier solución para la crisis salvadoreña" (El País, 15/8/80). Este "ejercicio de publicidad" le costó a las masas varios centenares de muertos.

La revolución popular-constitucionalista francesa de febrero de 1848 habría debido ser el detonador de la ola revolucionaria democrático-burguesa en el Viejo Continente y de la derrota del pilar de la contrarrevolución de entonces, el zarismo ruso. Pero, por ellas mismas, la burguesía y la pequeña burguesía democráticas no tuvieron la energía sino para reprimir al proletariado insurrecto de París en el mes de junio de 1848. La lucha popular y la posible victoria constitucional de la democracia en El Salvador son la cola tardía de la ola popular de la segunda posguerra que sacudió América Latina, y su victoria se señalará el toque de difuntos del radicalismo antiimperialista burgués de antaño.

Ahora bien, ¿cuál sería el mejor de los desenlaces de la lucha actual desde el punto de vista del proletariado? En las condiciones actuales, el desenlace más positivo sería aquel en que las masas trabajadoras y el campesinado pobre, que han combatido heroicamente contra el régimen en vigor, vuelvan imposible todo compromiso viable entre el FDR, la oligarquía dominante y un sector de sus FF.AA., destruyan todas las estructuras represivas y militares del Estado e impongan la expropiación de los terratenientes y del imperialis-

en El Salvador

mo, asestando así un golpe político y social considerable al Orden burgués, y debilitando consistentemente la posibilidad de un retorno a la situación política y social anterior, posibilidad que será tanto más amenazadora cuanto menos radical sea la victoria del bloque popular.

¿Qué haría un partido revolucionario de clase en El Salvador? El debería impulsar con todas sus fuerzas la lucha del proletariado y de las masas campesinas, que constituyen la fuerza de choque de la guerra actual, gracias a un trabajo de organización y de participación en las luchas de sus organizaciones inmediatas, contra la clase dominante, su Estado y sus banderas, lucha al servicio de la cual sería imprescindible forjar órganos militares de autodefensa armada, así como un trabajo anti militarista en el seno del Ejército. ¿Su objetivo? Una insurrección victoriosa, la destrucción del Ejército burgués y la expropiación de los terratenientes, de la burguesía y del imperialismo, gracias a la instauración de la dictadura proletaria que debería contar con el apoyo de las amplias masas revolucionarias del campesinado, poder que se vería a sí mismo como un eslabón de la revolución continental americana. Precisamente por eso, el partido revolucionario de clase debería preservar su total independencia política y organizativa respecto a todas las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas, y combatir

El Salvador: 21.000 km²; 4,3 millones de habitantes con una densidad de 203 habitantes por km²; 450 dólares de producto bruto por habitante; la producción manufacturera representa el 18% del Producto Interno Bruto y la producción agrícola (café, yute, caña de azúcar) un 30%; un problema agrario agudo: 2.000 propiedades agrícolas ocupan el 40% de las tierras cultivadas, más de 130.000 propiedades con menos de 1 hectárea ocupan menos del 5% de la superficie cultivada; los campesinos sin tierra se cuentan por decenas de miles, a pesar de lo cual alrededor del 60% de la población activa trabaja en la agricultura, aplastada por el paro y el sub-empleo (más del 50% de los trabajadores agrícolas se encuentran en esas condiciones), como por los bajos salarios (durante los tres meses de recolección, los salarios oscilan entre 5,8 dólares por día en el café y 4,2 dólares en el algodón); un crecimiento galopante de las chapolas y un movimiento obrero renaciente desde las huelgas de 1967.

los esfuerzos de la burguesía reformista y de sus aliados pequeño-burgueses para canalizar la lucha de los obreros y campesinos en la vía de una reforma constitucional del Orden burgués, cuyas estructuras sociales serán tanto menos atacadas cuanto más esté subordinado el movimiento de las masas explotadas a la dirección de la burguesía. Esta dependencia sería así mismo indispensable en lo inmediato, en caso de victoria de las fuerzas democráticas, para obligar al régimen burgués a cumplir sus promesas políticas y sociales y para arrancarle las libertades de asociación, de prensa, de huelga para el movimiento obrero y de campesinos pobres, conquistando así contra el Estado capitalista el espacio necesario para el desarrollo más amplio de la lucha de clases que no dejará de desencadenarse en el seno del "bloque de oposición" actual.

Incluso fuera de esta posibilidad histórica, dada la ausencia de este partido de clase por razones que hemos evocado en múltiples ocasiones, no somos ni podemos ser indiferentes a la derrota militar e insurreccional del Ejército actual y de la oligarquía dominante. Por el contrario, la deseamos vivamente, y esto por varias razones objetivas que no tienen nada que ver con la defensa de los principios ni del programa democráticos y nacionales, ni con algún tipo de apoyo político u organizativo al FDR. En primer lugar, porque incluso la victoria de una "revolución" puramente constitucional (que significaría el paso del poder de las manos de la oligarquía actual a un bloque de fuerzas burguesas y pequeño-burguesas) desbrozaría el terreno al más amplio y profundo desarrollo de la lucha de clases, a la ruptura en el "seno del pueblo"; en segundo lugar, porque dicha victoria, junto a la sandinista, es un paso adelante que vuelve más homogénea la lucha de clases en América Central y en el resto de Latinoamérica, dejando a las masas proletarias y campesinas pobres frente a frente con el bloque (más o menos unificado) de las fuerzas burguesas; y, en tercer lugar, porque la trayectoria final del revolucionarismo de la OLAS, y su participación abierta en el Estado burgués (más o menos reformado) es la prueba material para todo el proletariado latinoamericano de que la lucha por su emancipación del capitalismo no pasa por los programas nacionales y democrático-populares, sino por la guerra civil en el seno del "pueblo", informe bloque social en el que la clase obrera y el campesinado pobre no son sino carne de cañón de los intereses burgueses. Es en esta perspectiva que la derrota de la oligarquía puede volverse un re-

sorte subjetivo de la lucha contra el Orden establecido y sus infamias, mostrando así la inutilidad de todas las soluciones burguesas a la crisis en la que se debate América Latina como el mundo entero.

EL PROLETARIO

ENERO-ABRIL 1981 N°10

- Ofensiva general de la burguesía y los presupuestos de la contraofensiva proletaria.
- El sismo proletario del Báltico estremece el mundo capitalista.
- El Salvador: la guerra civil y el ocaso histórico del revolucionarismo pequeño-burgués.
- Carta de Venezuela.
- Venezuela: ¡viva la lucha del proletariado textil!
- Nuestra perspectiva.
- Del "Llamamiento al proletariado de las dos Américas" del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (noviembre 1920).
- América Latina y la crisis económica mundial.
- Las tareas del Partido en el ciclo histórico actual.
- Noticias de América.

EL PROGRAMA COMUNISTA

n° 37

ENERO-ABRIL 1981

- Necesidad de la organización, necesidad del Partido.
- El fin de la fase revolucionaria burguesa en el "Tercer Mundo".
- El programa de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad de la tierra, de las instalaciones de producción y de los productos del trabajo.
- Lecciones de las contrarrevoluciones (yII).

El despertar del proletariado chino

Hace exactamente 54 años, en marzo de 1927, la heroica clase obrera de Changai se levantó con la llegada de las tropas del Kuomintang. La Internacional socialista le había escondido que el avance del ejército nacional dejaba detrás suyo millones de cadáveres de campesinos en Hunan y Hubei. Su Partido, el PCC, se había vuelto el prisionero del Kuomintang por la política criminal del stalinismo, y la clase obrera acogió estas tropas como libertadoras creyendo encontrar allí la ocasión para plantear sus propias reivindicaciones. Ella no cayó bajo los golpes de los imperialismos, sino bajo los del Kuomintang que entró en la ciudad por sobre el cuerpo de la clase obrera y de la Comuna de Changai. Meses más tarde, una insurrección desesperada fue aplastada sangrientamente en Cantón.

Después de esta hecatombe, la valiente clase obrera china, que había combatido a fondo en la lucha revolucionaria desde 1919, no pudo volver a emerger. La revolución china, antiimperialista, nacional y democrática, no estuvo dirigida por ella, sino por la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, que pudo ponerse a la cabeza del campesinado chino detrás de la bandera del partido de Mao, mezcla de stalinismo, es decir, de oportunismo antiobrero, y de democracia pequeño-burguesa.

La revolución burguesa china está terminada definitivamente y ha sido la más importante de las revoluciones que tuvieron lugar en el transcurso de esta posguerra. Pero la pequeña burguesía y el campesinado no pueden parir otra sociedad que no sea la sociedad capitalista. Ahora bien, el capitalismo produce el trabajo asalariado, por una parte; las capas ligadas a la reproducción del mercado, de la ganancia y del capital, por otra. Produce y reproduce al proletariado y a la burguesía.

Cuando la burguesía agotó su ciclo revolucionario y la energía de todas las capas que la componen, pequeña burguesía incluida, cuando se ha vuelto adulta, debe desembarazarse de sus sueños de juventud, de sus poses "románticas" que han acompañado siempre los primeros pasos de esta clase. Y los sueños no han faltado en China, sueños pequeño-burgueses y campesinos. Deng Xiaoping, por su parte, no tiene el porte de un soñador, sino que expresa bien a la burguesía adulta; no a los Danton, ni incluso a los Bonaparte, sino a los Thiers.

Este es el sentido de la condena a muerte de Jiang Qing. La burguesía china se saca así de encima a estas reliquias caducas, exorciza los demonios ideológicos de una combatividad so-

cial que ya no tiene objeto. Pero la condena está "en suspenso". ¿Quién sabe si no se tendrá necesidad mañana de esta gente para pregonar el eterno mantenimiento del "bloque de las cuatro clases"?

En 1927, se estimaba que el número de obreros de las manufacturas, de las fábricas y de los ferrocarriles chinos ascendía a 2 millones. El artesanado emplea ba otro tanto. La gran masa del proletariado estaba concentrada en Changai y Cantón. Hoy, la revolución burguesa china ha producido sus efectos subversivos, que son los que la justifican históricamente.

Hoy día, hay 20 millones de proletarios puros en la industria, es decir, diez veces más que en 1927. La pequeña industria y el artesanado cuentan con otro tanto. Con una población activa de 400 millones de hombres, 160 trabajan fuera de la agricultura. Pekín es más grande que París y cuenta con mayor número de obreros que esta última. Changai es más grande que Nueva York y que Tokio. Es quizá la ciudad más grande del mundo. En todo caso, sigue siendo el corazón de la clase obrera china.

El proletariado chino es un gigante. El terreno de su lucha está bien desbrozado. Como consecuencia de los esfuerzos de estos últimos veinte años, China dispone de una red vial y de vías férreas casi unificadas. Sobre todo, un único Estado unifica las condiciones políticas, sociales y económicas de la cuarta parte de la humanidad. Y su clase obrera muestra ya indiscutibles signos de actividad.

Estos últimos años han sido teatro de una agitación obrera persistente. Desde 1976, las empresas se quejan de "huelgas" y de "paros de trabajo sin causa precisa" (¿quién lo diría?). Estas reacciones corresponden a la austeridad exigida para conseguir la "apertura de China hacia el exterior" siguiendo la vía del gran sueño chino desde la época de Sun Yat-sen (primer representante de la burguesía china). Pero en cuanto sus puertas se entreabrieron, la crisis internacional se deslizó irresistiblemente: los planes deben ser revisados con la caída de todos sus índices, mientras la austeridad y los sacrificios son reclamados en todos los tonos.

China cuenta oficialmente con 20 millones de parados. En su mayoría jóvenes. En Changai, la municipalidad debe servir 100 mil comidas diarias en "ollas populares" para evitar los disturbios. Y esto mientras las reestructuraciones en curso implican despidos masivos.

"China se encamina hacia di-

ficultades sociales muy serias que ella se prepara a afrontar instalando un riguroso dispositivo de encuadramiento político e ideológico", escribe Le Monde del 27 de enero. El Diario de los Sindicatos del 31 de enero (citado por Le Monde del 1 de febrero) parte en campaña contra los "agitadores", los "perturbadores del orden social" que "tratan de provocar desórdenes e incidentes en gran escala con el propósito de obtener del partido y del gobierno ventajas individuales y satisfacer sus apetitos crecientes". ¡Qué osadía!

Nosotros saludamos estos "apetitos crecientes" de la clase obrera. Sabemos que la lucha parte de los intereses materiales, "egoístas", y que es sobre esta base solamente que puede nacer la solidaridad de clase y, con ella, echar raíces la esperanza de la emancipación proletaria y la lucha que liberará a la humanidad entera de la esclavitud asalariada y la miseria.

Para Le Monde del 19 de febrero, las "medidas drásticas de austeridad" son "tanto más difícilmente soportadas por la población cuanto que coinciden con un fuerte aumento de los precios (...). La contestación se desarrolla también entre la juventud", pero "la agitación parece limitada al mundo ciudadano y obrero".

Según el órgano de los "sindicatos" chinos, estos agitadores, "inconscientes" por rehusar "tener en cuenta la situación en su conjunto y las dificultades económicas", pretenden además "sindicatos libres". ¡Qué horror! Los burgueses chinos, que se alegraban de la agitación en Europa Central que impide al imperialismo ruso proseguir a su guisa su política en el Extremo Oriente, comienzan a inquietarse ante una agitación obrera intensa en su propio país! ¡Imaginad que los obreros de Changai comiencen también a gritar, como los de la Fiat de Turín, "¡Gdansk, Gdansk!"!

¿Y si el día de mañana la clase obrera china incluyese entre sus "apetitos crecientes" el de su deber de clase, el de la conquista del poder y de su dictadura proletaria, la verdadera, no la que figura entre los mitos de la revolución maofista, sino la que está basada en el proletariado en armas y encuentra su potencia en la dirección no compartida del partido comunista verdadero, revolucionario e internacionalista?

Nosotros acogemos con entusiasmo estas noticias de China. El capitalismo ha dado la vuelta al mundo. Por doquier ha dado origen a una clase obrera que debe luchar contra él. La historia acelera hoy su curso y todos los meses arrastra nuevos batallones proletarios en la lucha de clase. ¡A los revolucionarios y a su partido les incumbe hacer su trabajo para que en estas luchas se forje la salida revolucionaria de la crisis burguesa!

Las burocracias y la lucha de Olarra

En el nº 41 del Comunista planteamos la debilidad política del Comité de huelga de Olarra, un método que confundía a los trabajadores, haciéndoles ver amigos donde sólo tienen enemigos. "El Gobierno Vasco es la junta que administra los intereses y los negocios de toda la clase burguesa vasca, incluyendo a las empresas de Olarra. Luego, pedirle ayuda al gobierno vasco, como lo ha hecho el comité de Olarra, es no entender nada de la lucha de clases, pues jamás los delegados de los explotados pueden pedir apoyo a la junta de los explotados, so pena de hacer creer a los obreros que sus enemigos son sus amigos, que el lobo grande puede proteger a los corderos de otros lobos". El Comité de huelga se empeñó en esta vía de solución, para que hiciera de árbitro el Gobierno Vasco; éste exigía la desmovilización y que aceptaran las centrales como asesores primero, como interlocutores después, dando al Comité de huelga el papel de simple comparsa, de caja de resonancia de las burocracias sindicales.

Basado en el papel desmovilizador y pactista de las burocracias, el señor Olarra declara, una y otra vez, "que no readmitirá a los despedidos, aunque la sentencia sea favorable a los trabajadores". Como rechazo a este planteamiento, tiene lugar la convocatoria de huelga general en Vizcaya para el 11.12.80, con la oposición pública de CC.OO., UGT, ELA-STV, a esta posición se sumaron en la práctica LKI-EE, PCE, y PSOE. El paro será desigualmente seguido, pero asambleas y discusiones provoca en toda la provincia. La actuación de los piquetes se hizo sentir, paralizando el transporte interurbano e incluso de trenes de cercanías durante varias horas también el comercio se vio obligado a cerrar en algunas zonas. La represión fue como en los mejores tiempos del franquismo, BESTIAL.

En las valoraciones sobre la huelga del 11.12.80 aparecidas en Egin los días 13-14 de Diciembre, podemos observar el histerismo de LKI y EE, histerismo de la pequeña burguesía, de tenderos, ante la violencia de los piquetes, acusando de antisindicalistas a los trabajadores de Olarra y a todo el que los apoyó, llamando a la moderación y a la vuelta al redil de las burocracias. Todo lo que ellos dicen a los trabajadores, es que fuera de las burocracias todo lo que se haga es antisindicalismo y que sin las burocracias nada se puede hacer, excepto la aceptación de los despidos con resignación.

Esta campaña de propaganda contra los medios de acción directa va a conseguir confundir y paralizar a amplias franjas de trabajadores combativos, incluso de los huelguistas. Así, el 15.12.80

aparecen masivamente en la asamblea de Baracaldo los esquiroleros dispuestos a votar la vuelta al trabajo, dejando a los despedidos en la calle. Estos esquiroleros son los de las oficinas, que no se habían declarado en huelga y que habían denunciado en la policía amenazas y coacciones de los huelguistas. Bajo nuestro punto de vista, quien no para para apoyar una huelga no tiene derecho a decidir la vuelta al trabajo, es decir, no se les puede permitir que voten, ni que vayan a desmoralizar a las asambleas. Pero estos esquiroleros eran la fuerza de choque de la empresa, organizados y dirigidos por las burocracias sindicales contra los huelguistas. El 17.12.80 no les permitieron votar y les expulsaron de la asamblea, pero los esquiroleros se defendieron a hostia limpia. ¡Quedaba claro que eran provocadores de la empresa, dirigidos por los sindicatos!

A partir de aquí, el Comité de huelga, influenciado por el MC, va a abandonar paulatinamente la movilización en la calle, tomando como eje de la "lucha" el obligar al Gobierno Vasco que haga de árbitro. El Gobierno Vasco dice que con las centrales ¡Pan y cebolla! pero que el Comité tiene que aceptarlas como interlocutores, y que si no no hace de árbitro. El Comité lleva a los trabajadores a Victoria para que el Gobierno Vasco "no escurra el bulto". Esto supone un desgaste y la entrega de las decisiones al Gobierno Vasco. Este "se limitará a mediar en el conflicto", pero tomando como ayudantes de campo a las centrales.

Así, el 9.1.81 tiene lugar una reunión convocada por las Centrales en el pabellón de deportes de Bilbao. Con un gran servicio de orden no perteneciente a la empresa (muchos de ellos votaron!), con los oficinistas, esquiroleros y encargados bien organizados por las centrales, consiguieron hacer aprobar que fueran las secciones sindicales de la empresa las que negociaran, sin contar con el Comité. Se trajeron a la policía, que con gran despliegue tomó toda la zona por si no se bastaban los burócratas y los esquiroleros.

El 15.1.81 se reunieron los sindicatos y el señor Olarra; la negociación fue secreta. Pero el 19.1.81 fueron declarados procedentes 5 despidos y el 30.1.81 otros 8 más por Magistratura. La legalidad y el orden se imponen de nuevo a los obreros de Olarra entre patrón y sindicatos.

Haciendo creer a los trabajadores en las instituciones autonómicas, el MC y LAB han desinflado el odio de los trabajadores, les han hecho ver amigos donde sólo hay enemigos. Han aceptado la desmovilización para que el Gobierno Vasco haga de árbitro y con la

desmovilización han permitido a las Centrales pactistas que pasen a controlar a los trabajadores para que Olarra pueda despedir a saca a todo el que quiera.

El 2.2.81, en una reunión como la del 9.1.81, las Centrales han conseguido que la mayoría de los trabajadores vote por la vuelta al trabajo; mandos y esquiroleros juntos, organizados por las Centrales, consiguen 830 votos contra 470 para comenzar inmediatamente el trabajo. Dejan en la calle a los despedidos declarados procedentes por Magistratura, que de momento son 28, quedando otros juicios pendientes.

Las Centrales prometen que reducirán el número de despedidos, pero en la reunión del 9.1.81 también prometieron los chacales "que no negociarían con Olarra mientras no readmitiera a todos los despedidos". Han negociado la vuelta al trabajo dejando a los despedidos en la calle. ¡Esta es su obra en todas partes! Así se defiende punto por punto a la patronal, sus planteamientos y sus necesidades.

Si no queremos seguir sopor-tando derrota tras derrota, debemos construir dentro y fuera de las empresas los organismos obreros que permitan el apoyo y la solidaridad con los destacamentos proletarios que se lancen a la lucha. La lucha de Olarra y Crimidesa demuestran que las burocracias sindicales sólo sirven para negociar despidos y todas las demás medidas que la patronal necesite imponer. Por esto son necesarios los organismos obreros, que se coordinen entre sí, fuera del control de las burocracias y contra su política de colaboración total con la patronal y las instituciones democráticas.

Como apoyo a los trabajadores de Olarra, nuestro Partido entregó 15.000 Pts. en la Asamblea del 15.12.80, llamando a la extensión de la huelga, a mantener y ampliar la lucha en la calle, a hacer ver la importancia de la huelga en todo el Estado español y no sólo en Euzkadi, y que detrás de los 48 despidos estaba la reestructuración de Olarra con cientos de despedidos, pues se pretende despedir a 2.000 de las empresas de Aceros Especiales.

¡Sostened y difundid
la prensa del Partido!
¡Suscribíos!

La lucha contra los despidos, un momento de la resistencia obrera contra los ataques del capital

Entre los muchos problemas que aquejan al mundo capitalista, uno de ellos sigue destacándose por encima de todos: el del paro. Veintitrés millones de parados oficiales en 1980 en la OCDE (sin tener en cuenta Turquía), de los cuales el 27% son jóvenes, y se prevé 26 millones para 1981; una reserva de mano de obra barata y de tensiones sociales cuya explosión los burqueses temen más que a la misma inflación.

No hay gobierno, conservador o progresista, que al pedir a la clase trabajadora más y más sacrificios no ponga como objetivo principal a realizar la DEFENSA DEL EMPLEO. Pero, en realidad, las medidas tomadas por el capital, grande o pequeño, nacional o multinacional, con el apoyo de fuerzas que se dicen obreras, no hacen más que incrementar esta lacra social.

La crisis provoca la quiebra de las pequeñas y medianas empresas que no disponen de los recursos económicos y financieros necesarios para resistir a la competencia y de aquellas incapaces de responder con elasticidad y rapidez a las nuevas exigencias del mercado (las vicisitudes de Chrysler son quizás el mejor ejemplo). Las innovaciones tecnológicas, la automatización, empujan al más alto nivel la reestructuración productiva y reducen de manera drástica la necesidad del trabajo humano; los capitalistas invierten en aquellos países que dan garantías de mano de obra barata y paz social, convirtiendo en asalariados superexplotados a las masas campesinas del llamado Tercer y Cuarto Mundo, y echando a la calle a amplias capas de trabajadores de las metrópolis. El presupuesto de los Estados reduce cada vez más los gastos de "servicios sociales" y disminuyen las posibilidades de trabajo en la administración pública.

El incremento del paro se presenta, pues, bajo dos aspectos: por un lado, una masa juvenil enorme que busca su primer empleo y que va a sumarse a los parados endémicos (sur de España, sur de Italia, Irlanda, por no hablar de América Latina); por otra, una masa de trabajadores activos expulsados paulatinamente de las empresas; en un estado intermedio, los trabajadores en regulación de empleo, que son los candidatos más próximos a la desocupación. En este artículo vamos a detenernos sobre el problema de los despidos y qué significa luchar contra ellos.

¿Cómo responden a esta situación las diferentes tendencias políticas? Los partidos burgueses reivindican el *despido libre* hoy, además, por supuesto, de la congelación de los salarios y la intensificación de la explotación, para estar en condiciones de "incrementar el empleo mañana", cuando la economía nacional o de la empresa hayan mejorado su estado de salud, o cuando el mercado mundial se haya reactivado.

Los partidos obreros colaboracionistas dicen querer defender el empleo pero *respetando al mismo tiempo* el marco capitalista, es decir, la rentabilidad de la empresa y la defensa de la economía nacional. Por consiguiente, llaman a los trabajadores a luchar por el reflujo de la empresa, por una gestión sana, para conseguir inversiones de los bancos; se comprende, pues, que acepten al mismo tiempo las horas extras, la regulación del empleo y los despidos en la misma empresa: estas medidas son necesarias a las exigencias de la patronal, a las que los colaboracionistas sacrifican hasta los puestos de trabajo.

Los revolucionarios, en cambio, no aceptan el marco burgués y consideran tanto la crisis como el paro como expresión de las contradicciones insolubles del sistema capitalista, que de saparecerán sólo con su destrucción. Pero esto no significa de ninguna manera ser indiferentes al problema. Los revolucionarios luchan por la defensa cerrada de los puestos de trabajo, así como luchan por la defensa del salario ante el alza del coste de la vida, aun que al final su poder adquisitivo siga disminuyendo. El error reside en considerar los objetivos inmediatos como completamente realizables o garantizados en la sociedad burguesa, en lugar de considerarlos como *momentos* de una acción de *defensa* contra los efectos que dan origen al paro. La lucha de *resistencia* es la base indispensable para un salto de calidad en el terreno político que lleve a atacar las *causas* del paro y de la explotación en general, es decir, al asalto revolucionario para la conquista del poder por la clase obrera.

Por otra parte, una que otra vez nos hemos encontrado con la siguiente posición: puesto que en esta sociedad, y más aún en períodos de crisis profunda, los despidos no se pueden evitar, ¿no es más correcto centrar la lucha por el subsidio de desempleo indefinido para todos los despedidos y los parados? Si bien hay que decir que tampoco esta reivindicación se puede conseguir sin destruir las relaciones de producción existentes, no nos podemos conformar con esta respuesta.

Nosotros no planteamos el objetivo del subsidio como la solución para los parados, sino como la única reivindicación que, a falta de trabajo, puede defender realmente sus condiciones de existencia. Los parados, por otra parte, no aceptan su situación como definitiva y reivindican el derecho al trabajo que, aunque en este sistema signifique derecho a la explotación, es la única manera de no vivir al margen de la sociedad y satisfacer sus necesidades.

Ahora bien, los activos afectados por los despidos se encuentran un paso adelante respecto a quien nunca ha tenido un empleo o lo ha perdido des-

de hace tiempo, porque un puesto de trabajo ya poseen y es elemental que hay que defenderlo. De otra manera se aceptaría un empeoramiento radical de sus condiciones de vida, una perspectiva de miseria y de hambre al ir a sumarse al ejército de reserva, sin posibilidades concretas de encontrar otro trabajo. Una lucha cerrada y generalizada por la reducción de la jornada de trabajo a paridad de salario, contra las horas extras, el trabajo nocturno y el aumento de los ritmos de trabajo, si no puede eliminar este proceso, sí puede postergarlo al menos parcialmente y, en casos determinados, conseguir la readmisión de los despedidos.

La reivindicación del salario integral para los despedidos u otro puesto de trabajo alternativo cuando por quiebra o por otros motivos la pérdida del puesto de trabajo es ineluctable, tiene sobre todo el sentido de mantenerse firme en la defensa de una condición ya adquirida.

Pero además hay razones políticas que exigen la lucha cerrada contra los despidos. Una es el rechazo del proletariado, sobre cuya explotación vive la burguesía y la sociedad entera, a someterse dócilmente a los ciclos de desarrollo y crisis capitalistas, y la reivindicación del derecho a defender y mejorar sus condiciones de existencia, dentro y fuera de las empresas, con independencia completa respecto a las exigencias de la clase que lo explota. Otra es la defensa de la agregación y organización obreras que se da en las fábricas, de cara a la disgregación que producen los despidos, impulsada tanto por el aislamiento que sufren los afectados, como por la necesidad objetiva individual de buscar una salida a esta situación; la última es la defensa de las vanguardias y de los trabajadores más combativos que sufren más intensamente las provocaciones e intimidaciones de la patronal, la que utiliza todos los recursos, legales e ilegales, para descabezar y desmoralizar a la clase obrera.

La lucha contra los despidos económicos o políticos es, pues, una cuestión de principio para el movimiento obrero y debe ser considerada como un momento de una lucha de resistencia generalizada a los ataques del capital, del conjunto de la clase obrera, dividida por la burguesía y el colaboracionismo en activos y parados, pero unificada al mismo tiempo por el hecho incontrovertido, cada día más patente, de que ninguno de sus sectores goza de ninguna garantía de seguridad.

Comunicado

Damos a conocer a nuestros compañeros, simpatizantes y lectores que la publicación en la revista *Revolución* n° 1 (enero 1981) de nuestro artículo "Fiat: surge de la derrota la necesidad de la organización", aparecido en el número 40 de este periódico (diciembre 1980), es una iniciativa totalmente independiente de nosotros, dado que dicha revista nos es tan ajena como las elucubraciones pseudomarxistas de quienes están en su origen.

El Comunista, febrero 1981.

La patronal y CC.OO. ahogaron la heroica lucha de Crimidesa

En el Comunista n° 41 decía amos sobre la llegada de la marcha de los mineros a Madrid: "Aquí comenzaba a apagarse la antorcha traída por los mineros, separados de su ambiente social, recogidos en un local del PCE, deambulando de Ministerio en Ministerio, de Departamento en Departamento, de pasillo en pasillo, de ventanilla en ventanilla. La moral se agota, la dignidad y la entereza se rompen (...), en Cerezo había un enemigo visible e identificado, en Madrid (...) todos se presentan como amigos, pero se ofrecen para ayudar a Crimidesa" contra los mineros. La burocracia, las ventanillas, los pasillos, las buenas palabras de los falsos amigos, fueron más fuertes que el aislamiento de 7 meses a que habían sido sometidos los mineros en Cerezo. En Cerezo está la mina, el odio a la explotación y a la opresión eran fácilmente identificables en la empresa Crimidesa; los falsos amigos de Madrid son profesionales del engaño, no resulta tan fácil identificarlos, dicen que tienen razón y "apoyan" con unas monedas.

Con este ambiente de podredumbre y desmoralización incipiente vuelven los mineros a Cerezo el 5.12.80, más solos y desorientados que cuando iniciaron la marcha sobre Madrid. CC.OO. ha conseguido convencer al Comité para que vuelvan a la situación anterior al 6/6, es decir, que reinicien los trabajos de mantenimiento con el 30% de la plantilla; pero los mineros se resisten y se interrogan. Pero el 2.1.81 se reanudaron los trabajos de mantenimiento. Aquí se había roto la unidad y la lucha. El 8.1.81 son detenidos dos mineros, acusados de coacción a un esquirol; una manifestación espontánea exige la inmediata puesta en libertad, la odiada Guardia Civil se encargó de disolver a los manifestantes, pero los choques duraron hasta pasada las 3 de la mañana, habiendo llegado refuerzos de Burgos para someter a los mineros.

Con esta brutal represión se trataba de preparar el camino para que la empresa sacara las 4000 toneladas de material acumuladas con los trabajos de mantenimiento. Esto sucedía el 12.1.81 a las 15 horas; un camión entró en el pueblo para cargar mineral; las mujeres le impidieron continuar; los choques con la Guardia Civil se generalizaron durante varias horas; una mujer embarazada tuvo que ser hospitalizada tras los golpes de la Guardia Civil. Como los golpes no bastaban echaron mano de las armas para imponer el orden social en el Cerezo. Un minero fue herido de bala, destrozándole el fémur; los tiros obligarán a los mineros y sus familias a huir de la masacre. El 13.1.81, CC.OO. convence a los mineros para que den una demostración de impotencia con la huelga, encerrándose en las casas ante la

salida del mineral arrancado con el trabajo de mantenimiento. Así vencía la empresa, abriendo el camino para imponer sus condiciones, pudiendo disponer del mineral.

El 27.1.81 firman el fin de la huelga con 5 despidos, 4 sancionados con 6 meses y 15 días y tendrán que firmar un nuevo contrato. Así pretende la empresa mantener su derecho de pernada, vejando a los trabajadores. Se acepta un expediente de regulación de empleo por 3 meses, prorrogable por otros tres. Se acepta una subida del 12,5% para 1980, dejando para mayo la negociación del convenio para este año.

CC.OO. necesitó 15 horas de asamblea para conseguir que se aprobara el acuerdo. La resistencia de los mineros dió de sí todo lo que podía dar. ¡No se le puede pedir más! La culpa de su derrota hay que buscarla fuera de Cerezo. 9 meses de huelga, la huelga más larga del movimiento obrero español, era digna de una VICTORIA. Para alcanzar el triunfo sobre la patronal se hubiera necesitado la solidaridad de la minería y de los grandes centros de trabajo, pero no esperábamos esto

de CC.OO. ni lo esperamos en el futuro.

La burocracia defiende la economía nacional y de la empresa, y perturbar el normal funcionamiento de éstas sale fuera de los planteamientos de CC.OO.; sería romper con el colaboracionismo, sería anteponer los intereses del proletariado a los intereses del capital, sería pedir a contrarrevolucionarios que organicen la lucha de clase. Esto queda para las corrientes troskistas.

Nuestra conclusión es que sólo lo la organización independiente de la clase obrera, independiente de la patronal y de su Estado, podrá organizar la solidaridad entre todos los explotados. El deber de todos los que sientan su necesidad es construirla en el fragor de las luchas y, aún más, en el amargo sabor de las derrotas. Hay que echar las bases, pues, para tejer la red de contactos entre empresas, entre sectores a nivel local y nacional, que permitan la información y el apoyo a los destacamentos del proletariado que abandonen la reconciliación entre las clases y traten de defenderse por la vía de la lucha intransigente.

Correspondencia obrera

La Asamblea de Trabajadores de Pueblo Nuevo

Barcelona, enero de 1981.

La Asamblea de Trabajadores de Pueblo Nuevo nació después de que la UGT firmase con la patronal de Barcelona el convenio provincial del Metal en abril de 1980, a espaldas y en contra de los metalúrgicos en general. Ante las consecuencias del convenio, es decir, ante la posición de fuerza que esto suponía para los patrones, que les animaba a actuar con más descaro todavía, como es ante el "descuelgue" (no atenerse al convenio alegando mala situación económica, cláusula aprobada en el convenio mismo), en el ejercicio del despotismo de fábrica, en los despidos y cierres, ante esta situación se vió la necesidad de organizar alguna respuesta obrera. En Pueblo Nuevo, barrio industrial desde antiguo, los militantes de CC.OO. pertenecientes al Movimiento Comunista de Cataluña, los de la CNT y CSUT formaron esta Asamblea de trabajadores que pudiese organizar un poco la lucha. La Asamblea se ha reunido regularmente todas las semanas, con diversa afluencia según los momentos: al principio acudieron obreros de bastantes empresas, después ha disminuido la asistencia, aunque con altibajos. No se han hecho milagros, ni siquiera acciones espectaculares; pero qué duda cabe de que se ha llevado a cabo

una serie de pequeñas luchas que, por un lado, han aglutinado a los trabajadores y, por otro, han tenido su influencia sobre la patronal, aunque esta influencia sea a veces imperceptible: de hecho sólo se ha conseguido la readmisión de unos pocos obreros en una ocasión y alguna cosa más, pero ¿y si no hubiese habido lucha alguna, cómo habría actuado la patronal? Porque lo cierto es que se ha ido en varias ocasiones a la puerta de las fábricas a concentrarse en señal de protesta, o se ha entrado dentro a hablar con los propios trabajadores. Además se han organizado varias manifestaciones que, teniendo en cuenta la situación de apatía general, se puede decir que ha sido una buena expresión de la protesta obrera. En la más grande hubo unos quinientos trabajadores y se gritaron consignas clasistas, como "la lucha está en la calle y no en el Parlamento", "obrero despedido, patrón colgado", "goma-2 a la Moncloa" y otras.

Asimismo se participó en una manifestación en el centro de Barcelona meses antes de vacaciones, conjuntamente con trabajadores de Mateu y Mateu, Saprisa, portuarios, despedidos de Nerva y otros, que aglutinó a varios cientos, o quizá más de mil, e igualmente

(sigue en p. 12)

Luchas económicas y orientaciones del sindicalismo de clase (3)

Hemos visto ya, en los dos capítulos anteriores, que la actividad sindical es una consecuencia inexorable y necesaria de la explotación capitalista, del trabajo asalariado, y que ha de durar lo que dure el capitalismo mismo. El obrero aislado está a merced de la burguesía. Sometidas a la presión espontánea del Capital, las masas proletarias estarían reducidas a la miseria más negra y la degeneración física y moral: la lucha sindical representa un primer paso en la vía de la coalición obrera.

Pero la lucha sindical no tiene solamente un efecto insustituible desde el punto de vista económico y físico, en la medida en que permite tendencialmente a la clase obrera cobrar el precio de su fuerza de trabajo y evitar su usura precoz, y aún mejorar dentro de ciertos límites las condiciones de su compraventa. Ella tiene también un carácter *necesario y esencial* al superar los límites de los intereses categoriales, pues constituye un primer paso en la vía de la *lucha de clases*. La lucha y la organización sindicales implican por sí mismas la conciencia de que la explotación de la clase obrera reposa en la fuerza de la burguesía y en la división del proletariado. De allí el peligro que representan para el Orden social burgués; de allí el odio y la obstinación de la burguesía contra las luchas sindicales, y las coaliciones obreras *de clase*. De allí también su defensa encarnizada por parte de las masas proletarias.

La burguesía tiene tal conciencia de ello que desarrolla los más grandes esfuerzos para obstaculizar y derrotar los intentos que van en ese sentido: desde atizar la competencia entre trabajadores en el seno de la misma empresa, taller e incluso cadena de montaje, hasta aceptar la batalla a ultranza a pesar de las ingentes pérdidas financieras que dicha lucha puede provocar. El sindicalismo de colaboración de clases "reprocha" a menudo a la patronal esta "actitud intransigente", haciendo las "cuentas" de lo que le cuesta a la empresa el rechazo patronal de las reivindicaciones obreras. Pero el patrón está orientado por un seguro *instinto de clase* cuando, a pesar de esas pérdidas, busca ante todo la derrota de los trabajadores, para obstaculizar su unión y el sentimiento de la fuerza que resulta de ésta (1).

Nada más lógico, cuando se piensa en las condiciones "normales" de existencia de las masas trabajadoras, en la resignación

e indiferencia ante la opresión social que las aplastan, en la competencia desenfrenada que las oponen unas a otras, en el embriecimiento ideológico, religioso, político y moral en las que viven cotidianamente, en las terribles condiciones de trabajo que hacen de amplias capas de ellas verdaderas bestias de carga, en la desnutrición, ignorancia y alcoholismo que las golpean, y en el peso aplastante de la opresión estatal, social y económica sobre ellas.

El paso de esta situación social de aislamiento, sometimiento y resignación a la coalición obrera significa un paso adelante, un salto cualitativo inmenso para la constitución de una *fuerza de clase* capaz de contrarrestar el despotismo patronal y elevar a sus miembros a la altura de una colectividad trabajadora con una *voluntad propia*. Por eso, el resultado más importante de la lucha sindical es la *unidad y solidaridad crecientes entre los explotados*, la forja del espíritu de rebeldía entre los oprimidos contra las condiciones que les impone este régimen social de explotación, y la escuela de lucha que ésta significa contra la sociedad burguesa.

En efecto. Las masas proletarias que son incapaces de reaccionar contra las condiciones materiales de existencia y de trabajo que sufren en esta sociedad, al nivel más elemental, que es el de la venta de su fuerza de trabajo, que no son capaces de conducir una *guerra de guerrillas* contra la patronal, y, peor aún, que no sienten siquiera la llama de la revuelta ante las mil infamias que la burguesía y sus capataces les imponen día a día, son masas que son aún más incapaces de llevar adelante una lucha contra las raíces mismas de su explotación, es decir, por la destrucción del capitalismo. Para poder atacar en sus fundamentos esta sociedad, hay que aprender primero a defenderse contra sus consecuencias.

Por esta razón, las luchas sindicales y la defensa de la organización obrera de defensa económica se vuelven para los trabajadores más importantes que los resultados tangibles a nivel del salario mismo. Así, los obreros reaccionan y deben reaccionar sindicalmente incluso cuando sus iniciativas aparecen como poco "rentables", como es a menudo el caso de la lucha contra los despidos (el cierre de una fábrica por ejemplo) o la pérdida del poder adquisitivo en períodos de recesión generalizada, porque es una necesidad *incluso moral* el reaccionar contra las condiciones sociales que hacen que los

trabajadores deban sufrir los dictados de un modo de producción que no está al servicio de ellos, sino del Capital.

¿Cuántas veces la burguesía y sus escribas estipendiados han mostrado a los proletarios que los "costos" de su lucha sindical es a menudo mayor que los aumentos salariales que han podido conseguir! Pero con un seguro *instinto de clase*, tan seguro como el de la burguesía que combate los esfuerzos sindicales de la clase obrera a pesar de los gastos que esto le ocasiona, los proletarios renuevan incesantemente sus esfuerzos de lucha y de organización sindicales, precisamente porque constituyen uno de los medios de la unificación y organización de la clase obrera contra la explotación burguesa, a pesar de lo que les cueste en víctimas y pérdidas materiales precisamente porque se trata de uno de los frentes de la batalla entre las dos clases irreduciblemente antagónicas de esta sociedad, uno de los frentes de la *guerra civil* entre el proletariado y la burguesía: el objetivo de toda guerra es ganarla aplastando al adversario, a pesar de los sacrificios que toda guerra conlleva.

Precisamente por todo esto, las organizaciones sindicales de clase han de considerarse a sí mismas y actuar en cuanto representantes del conjunto de los intereses materiales de todo el proletariado, demostrando a las capas más amplias y profundas, oprimidas y desguarnecidas de la clase obrera, las potencialidades contenidas en la vía de la lucha y de la solidaridad proletarias, suscitando en ellas el espíritu de revuelta y aportándoles el apoyo material y combatiente de los sectores más concentrados y decisivos del proletariado industrial.

¿Hay acaso que añadir que esta necesaria actividad del sindicalismo de clase está en los antípodas de la acción del sindicalismo democrático?

(sigue en p. 12)

(1) Se trata de un instinto y una conciencia de toda la clase burguesa: hace unos años, durante una gran huelga de la Renault en París, esta empresa contó con la solidaridad activa de sus competidoras, en especial Citroen, quienes le hicieron trabajos en sus propios talleres, para permitirle así un más amplio margen de maniobra contra los trabajadores en huelga. ¡Tan grande es el miedo burgués a que los esfuerzos de los explotados encuentren la vía de la solidaridad de clase!

Correspondencia obrera

Carta a la Redacción

(...) Nosotros entendemos que la necesidad de un sector de la clase obrera (parados, obreros de fábrica, de barrio o ciudad) que se da una organización independiente de cualquiera de las existentes es porque su problema no es defendido por ninguna de ellas. Consideramos que si no es defendido no es por falta de conocimiento del mismo, sino porque ese problema no tiene solución para éstas y por la línea política que llevan dichas organizaciones (nos referimos generalmente al PCE y CC.OO., y al PSOE y UGT). Ahora bien, si el movimiento va en auge y le quiere pisar su terreno allí irán ellos no para potenciarlo, sino para controlarlo o sabotearlo. El porqué de esta actitud consiste sencillamente en que la función de ellos no pueden llevarla a cabo defendiendo los problemas reales de la clase obrera ni consiguiendo que haya otros organismos que pudieran hacerlo, y por ello buscan estar presentes, pues su trabajo para la burguesía se valora en la influencia que estos representan dentro de la clase obrera. Si no intervinieran en las luchas de los diferentes sectores de la clase obrera perderían la influencia y su eficacia para llevar a cabo su labor, al igual que si de ellos saliera la iniciativa de defender intereses que son antagónicos a los de la burguesía: 1) porque aunque no se consiguieran las reivindicaciones tendrían que romper con su línea política de colaboración de clases y 2) porque si pudieran no habría que ir a llamarlos, sino que saldría de ellos para así coger mayor influencia y prestigio.

Pero la cosa no queda aquí y pensamos que el oportunismo de cualquier talla o color tiene algo en común y es que ninguno tiene confianza en el proletariado y es por ello que recurren a aquellas organizaciones políticas y sindicales que tienen mucho nombre pero ninguna voluntad de lucha ni de defensa de nuestros intereses, y no se dan cuenta que con ello sólo consiguen crear un complejo de debilidad entre los obreros que inician la lucha por necesidad o bien la desilusión de los que aún creen en estos falsos organismos.

Nosotros pensamos que cuando una lucha comienza independientemente por la necesidad y con su propia organización hay que aceptar el apoyo de todo aquel que venga (y, a según quien, incluso vigilarlo) pero a la hora de pedir solidaridad o apoyo hacerlo con métodos definidos, pidiendo sobre esta base el apoyo de todos los obreros independientemente de cualquiera que sea su afiliación sindical o política;

o bien llegar personalmente donde haya obreros reunidos sean de cualquier partido o sindicato y pedirle su apoyo. Y esto a diferencia de mandar comunicados específicos al burócrata de tal o cual partido o sindicato antes mencionados, incluso por la prensa u otro medio de propaganda (...).

Respuesta

En líneas generales, estamos perfectamente de acuerdo con lo que se dice en vuestra carta. Añadimos aquí algunas consideraciones que nos parecen útiles.

Para el caso basta observar que lo fundamental para las organizaciones de obreros que nacen - y que deberán nacer necesariamente en el futuro - fuera de las organizaciones sindicales tradicionales (porque éstas no responden a las exigencias materiales de los trabajadores) es el consolidarse, extenderse, tejer lazos entre sí sobre bases de clase, contrarrestando precisamente la acción general de aquellas organizaciones amarillas. Lo peor que les podría ocurrir, cuando están naciendo, es precisamente que entre las fuerzas que confluyen con ellas se afiance la idea de que para desarrollar su función específica puedan contar con los aparatos y burócratas contra los cuales tuvieron que nacer. Por esta razón hay que contrarrestar eficazmente la acción de aquellos partidos que (como el PCE) vendrán a trabajar en las nuevas organizaciones para arrastrarlas detrás de las grandes confederaciones en la vía del colaboracionismo, o que (como es el caso de la ex-"extrema izquierda") no ven ninguna acción de clase posible si no es detrás de los grandes partidos y sindicatos "obrerocráticos".

Dicho esto, para la masa de los trabajadores sin partido que vienen y vendrán hacia las nuevas organizaciones embrionarias, esta comprensión será el resultado de su propia experiencia y de su propia lucha, que nosotros debemos ayudar a avanzar. Desde el punto de vista táctico, el problema que se plantea es el de cómo actuar para lograr consolidar la acción de dichas organizaciones impidiendo sembrar ilusiones nefastas de unidad con el reformismo; y, por otra, ayudar a los obreros no avanzados (o influenciados por otras corrientes políticas) a tomar conciencia del papel antiproletario de los primeros. Vuestra carta da la respuesta por sí misma: pedir la solidaridad de los obreros, independientemente de su afiliación política y sindical, en base a una orientación clara de lucha de cla-

se, es decir, avanzando objetivos y métodos bien definidos, e ir a buscar esta solidaridad entre los obreros inorganizados u organizados en la base de las organizaciones sindicales, en los centros de trabajo, etc. De este modo se podrá entrar en contacto con las fuerzas sindicalmente sanas que puedan existir en las organizaciones tradicionales, estableciendo uno de los nexos posibles entre los obreros (activos y parados), y demostrar tanto a los obreros de las organizaciones independientes como a los otros la necesidad de combatir conjuntamente las fuerzas del sindicalismo democrático (que no dejarán de sabotear la lucha obrera).

Esto no será siempre posible por los vaivenes de la situación y por la influencia de las fuerzas políticas que tratan de conseguir lo imposible (es decir, que el reformismo se sitúe en el terreno de la lucha de clase), y se lanzarán llamamientos vanos a los bonzos sindicales y a los partidos reformistas. Entonces será preciso aprovechar estas experiencias forzosamente negativas para abrir los ojos de los trabajadores acerca de la verdadera naturaleza antiproletaria de esos bonzos y partidos y de la naturaleza derrotista de las fuerzas que buscan la unidad con ellos.

Todo esto, que vale para la actitud frente a los sindicatos, vale mil veces más para los partidos. Nosotros no estamos por principio en contra de que las organizaciones económicas clasistas mantengan vínculos y relaciones con partidos políticos (pues nosotros quisiéramos mantener con ellas los vínculos más estrechos, y volverlas nuestras "co-reas de transmisión"). Por eso debemos cuidarnos de crear en las organizaciones inmediatas una ideología "antipartido" o "antipolítica". Pero, dialécticamente, debemos pedir de la manera más tajante que las organizaciones inmediatas establezcan las bases (es decir, los métodos y los objetivos de lucha) en relación a los cuales los partidos deberán determinarse y eventualmente contribuir por medio de la participación de sus militantes en la lucha de esas organizaciones inmediatas. Esto permitirá:

- impedirles a esos partidos el juego clásico que consiste en lanzar declaraciones perfectamente vacías de "apoyo" puramente verbal a la clase obrera y
- abrir los ojos de los trabajadores respecto a la verdadera acción de aquellos partidos. Esto lo entiende cualquier trabajador y fue así como los dirigentes obreros de la lucha de Sonacotra en Francia combatieron a menudo la acción antiproletaria de las distintas corrientes políticas que se reclaman del proletariado (...).

La Redacción

La Asamblea de Trabajadores de Pueblo Nuevo

(viene de p. 9)

bastante buena en cuanto a consignas se refiere. Y últimamente, en el mismo Pueblo Nuevo, se participó con trabajadores de MACOSA, portuarios y otros en una manifestación que reunió a unos dos mil obreros.

Habría que añadir a esto el esfuerzo hecho para confeccionar y repartir octavillas, carteles y pintadas en las paredes en muchas ocasiones; en otras, se ha reparado la propaganda de otros trabajadores en lucha, como los portuarios. En resumen, toda una cadena de pequeños esfuerzos, que son los que forjan la lucha y la unión obrera.

Hacia el mes de noviembre se planteó la necesidad de hacer algo por el convenio provincial del Metal, a pesar de que éste caduca el 31-12-81. Pero por entonces también, coincidiendo con la lucha de MACOSA, sita en la zona, los de CC.OO.-MC empezaron a insistir en que la Asamblea era de metalúrgicos de Pueblo Nuevo, pero no de trabajadores en general ni con radio de acción más allá de esta zona. De hecho, a esta Asamblea siempre asistieron trabajadores en general, aunque en su mayoría fuesen metalúrgicos (ha habido, por ejemplo, de químicas, transportes y parados, así como obreros no afiliados a ningún sindicato) y, aunque su acción no ha ya trascendido los límites de esta zona generalmente, a nadie se le había ocurrido negar su apoyo a obreros de otros lugares, si lo

hubiese requerido la situación y lo hubiesen permitido nuestras fuerzas. Así, cuando los obreros de MACOSA, con la amenaza de expediente para unos 200, convocaron una asamblea a la que asistieron portuarios, obreros de LA FORSA, de esta Asamblea de Pueblo Nuevo y otros, y cuando los portuarios ofrecieron su participación en una manifestación se celebrase donde se celebrase, y otros propusieron hacerlo no sólo en Pueblo Nuevo, sino también en Barcelona centro, los de CC.OO.-MC insistieron que era allí en Pueblo Nuevo donde había que demostrar a la patronal nuestra fuerza. En reuniones sucesivas se vio cómo no aparecían por las asambleas convocadas por los portuarios y después de un platómico comunicado de adhesión enviado para ser leído en una de éstas, hubo que esperar a que se constituyera el Comité de Apoyo a los portuarios en otra reunión y sólo después que alguien les avisó, enviaron a un representante del MC. Aunque más tarde han llegado a ofrecerse para colaborar con los portuarios a impedir que los esquiroleros del puerto entrasen a trabajar, porque los acontecimientos los han empujado hacia allí, no por eso ha quedado menos clara la postura de inhibición ante la lucha de los portuarios, inhibición que cuadra perfectamente con la postura de CC.OO. en esta misma lucha que, como denuncian los mismos portuarios, es de sabotearla por dentro para mejor acabar con ella.

Lo real es que, justo cuando se plantea organizar alguna lucha por el convenio, los del MC se retiran. Allí han quedado los de CNT, CSUT y no afiliados a sindicatos. Debido al conflicto de MACOSA, al de los portuarios y también a las fechas de fin de año poco propicias para este tipo de actividad, se ha retrasado el comienzo de la lucha por el convenio; se va a intentar en el futuro próximo, y será tarea de todos el que se pueda organizar la lucha y obtener satisfacción a las reivindicaciones obreras.

Cambio de gobierno

(viene de p. 3)

rientación y desorganización en el seno de la clase trabajadora alcanza su punto máximo tras la absorción cada vez más abierta de sus organizaciones oficiales en las redes de la colaboración de clases. Por otra parte, el "desencanto" tan mentado de los obreros respecto a la democracia -y, por tanto, hacia los partidos "de izquierdas"- le hace sentir claramente la necesidad de prever un "giro a la derecha" político, mientras que en el período anterior podía apoyarse fundamentalmente en la colaboración abierta de la "izquierda" parlamentaria, que había logrado arrastrar a las más amplias masas obreras en el terreno de la democracia. En otras palabras, el cambio de gobierno actual expresa la intención de la burguesía de proseguir su ofensiva en condiciones políticas de desapego creciente de los proletarios en relación a la democracia renovada. Traduce, pues, la polarización potencial creciente de las fuerzas de clase en el Estado español.

La clase obrera debe acogerlo con la conciencia de la necesidad de profundizar ese abismo entre las clases, preparándose a enfrentar la agravación de la ofensiva capitalista gestada y favorecida por la criminal política del "consenso" instrumentada por los partidos y sindicatos de la democracia burguesa.

Solidaridad con los prisioneros de Blida

Llamamos a todos los militantes, lectores y simpatizantes a manifestar su solidaridad activa con nuestros compañeros y contactos golpeados por la represión burguesa en Argelia cotizando una suscripción para su defensa.

Cheques bancarios o postales a la orden de SARO con la mención "Solidaridad Argelia".

Errata

En el "Comunicado del Partido", publicado en nuestro número anterior, un error tipográfico ha vuelto incomprensible el último párrafo, donde debe leerse:

"En cuanto a los burgueses argelinos, a sus policías y a sus torturadores, no imploramos de su parte ni 'medidas de liberalización' ni clemencia..."

Luchas económicas ...

(viene de p. 10)

Este último mantiene en el aislamiento más desesperante a los sectores obreros de la pequeña industria y a los jornaleros agrícolas, inculcando entre los obreros de la gran industria (no por ello mejor defendidos) un espíritu corporatista estrecho.

La gran fuerza de atracción del movimiento sindical de lucha de clase no reside tanto en las esperanzas de ventajas inmediatas que logre dar a los obreros, sino en que logre arraigar entre todos los explotados asalariados que su objetivo no esta circunscrito dentro de límites categoriales egoístas, sino que apunta a la emancipación de todos los asalariados explotados y oprimidos por el Capital. ¿Cómo sorprenderse, entonces, de que en la historia del movimiento obrero la extensión más amplia y profunda del movimiento sindical haya estado vinculada de la manera más estrecha con la acción de movimientos políticos que prefiguraban abiertamente la destrucción del capitalismo y la instauración de la sociedad sin clases?!

Editor Responsable:
SARO

correspondencia:
20, rue Jean Bouton
75012 PARIS
FRANCIA

PAGOS CON CHEQUE BANCARIO A LA ORDEN DE "SARO" O CON CHEQUE POSTAL A LA ORDEN DE "LE PROLETAIRE"

Imp. spéciale